8893

REPERTORIO TEATRAL.

COLECCION

DE

OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS,

ORIGINALES Y TRADUCIDAS.

POR UN RELOJ Y UN SOMBRERO,

COMEDIA EN UN ACTO.

Precio 4 reales.

Obras publicadas.

LA ALEGRIA DE LA CASA.	COMEDIA EN TRES ACTOS.
CASTOR Y POLUX.	COMEDIA EN DOS ACTOS.
AL UMBRA A ESTE CABALLERO.	ZARZUELA EN UN ACTO.
A ULTIMA HORA.	ZARZUELA EN UN ACTO.
EL SARGENTO FEDERICO.	ZARZUELA EN CUATRO ACTOS.
PIENSA MAL Y.... ERRARAS.	COMEDIA EN UN ACTO.
EL AMOR Y EL ALMUERZO.	ZARZUELA EN UN ACTO.
ANTES QUE TE CASES...	COMEDIA EN UN ACTO.
ESCENAS EN CHAMBERI.	ZARZUELA EN UN ACTO.
EL CORAZON DE UN PADRE.	DRAMA EN CUATRO ACTOS.

MADRID.

LIBRERIA DE CUESTA, CALLE MAYOR.

20

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: *librería de Cuesta, calle Mayor, núm.* 2.

PROVINCIAS.

Albacete.	Serna.
Alcoy.	V. de Martí é hijos
Algeciras.	Almenara.
Alicante.	Ibarra.
Almería.	Alvarez.
Aranjuez.	Sainz.
Avila.	Rico.
Badajoz.	Orduña.
Barcelona.	Viuda de Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Búrgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	V. de Moraleda.
Castrourdiales.	García de la Puente.
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Lara.
Ciudad-Real.	Arellano.
Coruña.	García Alvarez.
Cartagena.	Muñoz García.
Chiclana.	Sanchez.
Ecija.	García.
Figueras.	Conte Lacoste.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Ezcurdia.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Oñana.
Habana.	Charlain y Fernz.
Hara.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Hidalgo.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Rixact.
Lugo.	Pujol y Masia.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano.
Málaga.	Casilari.
Mataró	Abadal.
Murcia.	Mateos.
Motril.	Ballesteros.
Manzanares.	Acevedo.
Mondoñedo.	Delgado.
Orense.	Robles.
Oviedo.	Palacio.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Barrena.
Palma del Rio.	Gamero.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa María.	Valderrama.
Puerto-Rico.	Marquez.
Reus.	Prins.
Ronda.	Gutierrez.
Sanlúcar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Laparte.
Santiago.	Sanchez y Rua.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alonso.
S. Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Comp
Salamanca.	Huebra.
Segorbe.	Clavel.
Tarragona.	Aymat.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Tuy.	Martz. de la Cruz
Talavera.	Castro.
Valencia.	M. Garin.
Valladolid.	Hernaiz.
Vitoria.	Galindo.
Villanueva y Geltrú.	Pers y Ricart.
Zamora.	Calamita.
Zaragoza.	Pintor.

POR UN RELOJ Y UN SOMBRERO.

COMEDIA EN UN ACTO,

EN PROSA, ESCRITA EN FRANCES

POR MR. EMILE DE GIRARDIN.

Y ACOMODADA Á NUESTRA ESCENA

por

D. Cayetano Rosell.

Representada por primera vez en el Teatro del Principe, el dia 23 de Marzo de 1856.

MADRID.

IMPRENTA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS,

CALLE DEL TURCO, NÚMERO 11.

1856.

PERSONAS.	ACTORES.
Rosalia.	Doña Josefa Ramos.
Matilde.	Doña Amalia Gutierrez.
D. Jaime.	D. Manuel Ossorio.
Villarragut.	D. Victorino Tamayo.
Silvestre.	D. Fernando Ossorio.
Un Portero.	D. José Alisedo.
Un Relojero.	D. Ricardo Morales.

La accion se supone en Madrid.

La traduccion de esta comedia ha sido hecha con la autorizacion y acuerdo de su autor, segun lo que dispone el artículo 4.º del convenio sobre propiedad literaria celebrado entre España y Francia. En su consecuencia esta obra pertenece esclusivamente á los editores del REPERTORIO TEATRAL *que perseguirán ante la ley al que publique ó ponga en escena cualquiera otra traduccion de la misma; asi como al que reimprima la presente, varie el título, ó la represente sin su consentimiento, bien en algun teatro del reino, bien en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones, ó bajo cualquiera otra forma en que se exija ó satisfaga contribucion pecuniaria, con arreglo á lo prevenido en la ley de propiedad literaria y demas disposiciones vigentes sobre el propio objeto.*

Acto unico.

El teatro representa un comedor.—Puerta de entrada en el fondo.—A la derecha en primer término, la habitacion de Cardona: mas allá, la de Rosalia.—A la izquierda, en el ángulo, la puerta de la sala: en primer término de este lado, una ventana.—Dos aparadores en el fondo.—Una chimenea á la derecha. Sillas.—Mesa grande de comer en medio. Delante de la ventana, un canastillo de labor sobre una silla.

ESCENA PRIMERA.

SILVESTRE, *solo.*

(*Se oye en la sala un golpe, como de un mueble pesado que se cae, y en seguida un grito.*) Ah!... (*Entra Silvestre azorado por la puerta de la sala.*) Jesus! Jesus!... Calla! Y no hay nadie... De modo que no lo habrán oido!... (*Mira por todas partes.*) No puedo tenerme... (*Cae sobre una silla, junto á la puerta de la sala.*) Qué desgracia!... Dios me valga!... ¿Qué va á ser de mí? Ah! Si mi amo... Animas benditas!... (*Se levanta.*) Si mi amo lo supiera!... Pues y su primo, el señorito Villarragut, que siempre que entra aquí... Qué desgracia!... Dios mio!... Me matan sin remedio!... He acabado de servir... Pero quién viene? (*Va á mirar por el fondo.*) Ah! es Matilde... No; pues ni ella ha de saber... bien que si me ve, adivinará... si debo de llevar en la cara mi delito... cómo he de ocultárselo?... Pues no pudiendo ocultárselo, me ocultaré yo. (*Entra en la sala asustado.*)

ESCENA II.

MATILDE.

(*Entrando por el fondo, con una elegante bata de señora sobre el brazo.*) Ea! manos á la obra! Qué bonitas son

674742

las batas de primavera! Con tal que la acabe hoy... La señora no me mete priesa, es verdad, pero se alegrará mucho de estrenarla luego para ir á comer en casa de su madre. Ya se vé: se nos ha echado encima tan pronto el buen tiempo, que nos ha cogido desprevenidas. Y los trajes de invierno son tan feos cuando hace sol... Las pieles, por ejemplo! Las pieles!... Uf!... Parece una un animalucho... Qué cosa mas horrible!... En fin; todavía no son las diez... y andando un poco lista. *(Se oye dar un reloj.)* A ver!... dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once! doce! imposible! trece, catorce, quince, diez y seis, *(riéndose)* diez y siete, diez y ocho, diez y nueve. Pues, señor: buena hora es... una hora nueva... Ah! ese pobre de Silvestre... es tan torpe... *(Se oye un ruido como de carraca.)* Pero qué es eso? Qué está haciendo con el reloj? De seguro le ha estropeado! *(Se levanta.)*

ESCENA III.

SILVESTRE.—MATILDE.

SILV. *(Desde la sala.)* Bueno! Santo Dios! Añicos, añicos! *(Saliendo á la escena.)*

MAT. Qué es eso, Silvestre? Qué ha sucedido?

SILV. *(Acongojado.)* Ya nada!

MAT. Has roto el reloj?

SILV. Yo no: él es el que se ha roto. Se ha caido...

MAT. Le habrás tú dejado caer.

SILV. Al contrario, me ha dejado caer á mí; se me ha venido encima, bien sabe Dios, y aunque he procurado que cayese despacito...

MAT. Pues la has hecho buena!... Un reloj tan magnífico, que estaba en tan grande estima... No se armará ahora mala... Y con el genio que tiene el amo...

SILV. Digo!... Un geniazo como un toro!... Catalan al fin; que son todos...

MAT. Majadero! Si él no es catalan! Lo fué su padre, don Jaime de Cardona: él ha nacido aqui.

SILV. Pues, señor, naceria rabiando, y rabiando sigue.

MAT. Eso consiste en la sangre.

SILV. En la sangre, eh?... A mí sí que no va á dejarme gota de la mia, cuando vea el reloj hecho una tortilla!

MAT. Y qué piensas hacer?

SILV. Qué?... Tomar las de Villadiego.

MAT. Pero, hombre, á ver si se compone...

SILV. Qué se ha de componer? Pues no le ha oido usted, cómo se ha disparado, y ha comenzado á dar horas y horas... Hasta veinte y siete! Solo á mí me sucede esto!

MAT. Pero no se habrán quebrado las demas cosas, las palomas, los cupidos, la figura...

SILV. Lo que es á la figura, como era de mujer y tan maciza, no le ha sucedido nada. A uno de los angelitos se le han torcido las piernas, pero se le arreglan de un martillazo; y en cuanto á las palomas, se acuerda usted de que estaban unidas por el pico? Pues al caer han quedado separadas, y ya no se picotean; pero tambien se arregla esto con otro martillazo. De esta operacion me encargo yo; pero el reloj, la péndola, la campana!... En fin, ¿á qué hablar mas de semejante desgracia?... Con Dios, señora Matilde: bien puede usted decir que está en una casa de que me acordaré toda mi vida... Y en cuanto á usted, no quiero decir nada; pero bien sabe usted que una de las cosas porque me gustaba servir aquí, era por usted...

MAT. De verás?

SILV. (*Sentándose con el mayor abatimiento en la orilla de la mesa.*) Pobre de mí!... Pero, señor... por qué me daria la ocurrencia de limpiar la chimenea de la sala? Qué habia de sucederme? Si siempre es lo mismo! Maldita invencion esta de limpiar... Siempre que limpio algo con cuidado, ya se sabe, un estropicio... y debe consistir en que lo hago con cuidado, pues cuando doy, así, un pasavolante, no me sucede nada.

MAT. (*Aparte.*) A tí sí que seria menester darte un buen limpion! Pero cómo te has compuesto para dejar caer un reloj que pesa tanto?

SILV. Muy sencillo. Fuí á limpiar el espejo, cojí el reloj en brazos, de este modo... (*Coje á Matilde en brazos.*)

MAT. (*Indignada.*) Cómo se entiende... Bárbaro!...

SILV. No se incomode usted... Ya ve usted que un hombre que acaba de romper un reloj, no ha de ir á... Ave María Purísima! Nada... le cojí así... (*Vuelve á cojerla en*

brazos levantándola en alto.) Sin intencion de... y de pronto oigo sonar... (*Abre los brazos asustado y la deja caer.*)

MAT. Animal!... Y qué sonó? el reloj?

SILV. Ca! La campanilla de la puerta... Alguno que llamaba por equivocacion... digo yo... Lo cierto es que fuí á poner el reloj en su puesto, pero le eché mucho hácia mí, perdió el *quilibrio*, y me cayó sobre el pecho. Yo no sabia lo que le pasaba... quise detenerle, pero perdí tambien el *quilibrio*, y caí rodando... Qué estrépito! No, no se me olvidará en mi vida.

MAT. Ya... y entonces dió las veinte y siete!

SILV. No; fué despues, que quise ponerle en la hora.

MAT. Voy á ver cómo ha quedado. (*Entra en la sala.*)

SILV. Yo que estaba tan bien aquí!... Adios librea, y niños, y perros... Comido, lavado, vino, café, y hasta la barba á cuenta del amo... Dónde he de hallar esta conveniencia!... Ni aunque me diesen un empleo... cómo habian de darme tambien barbero?... Y todo por un reloj... por una pícara Vénus, segun la llaman. El carro de Venus, tirado por dos palomas... Mire usted cuando se habrá visto...

MAT. (*Volviendo.*) Bonita ha quedado la Venus con un hoyo enmedio de un carrillo!... pero en fin, se puede remediar. Corre! vé á llamar al relojero de casa... ya sabes...

SILV. Y es verdad... Pero si no puedo... Me necesitará el amo antes de salir. (*Una voz dentro: Silvestre.*) Ve usted?... El amo! Y viene aquí...

MAT. Pues cierra la puerta de la sala. (*Va silvestre á cerrar la puerta de la sala. Matilde coje la costura.*)

ESCENA IV.

D. JAIME. MATILDE. SILVESTRE.

JAI. (*Entrando impaciente: sale de su habitacion.*) Pero, Silvestre; ¿he de tener siempre que andar á gritos... ¿Qué haces ahí?

SILV. (*Turbado.*) Estaba diciendo á doña Matilde que... que... me llamaba usted.

JAI. Ya; y no ibas... Mejor gaznápiro... A ver si me das otros guantes: no sabes que estos están sucios?...

SILV. Sucios!... Verdad será... pero mas podian estar.

JAI. (*Tirándoselos.*) Menos conversacion, y vengan otros.
SILV. (*Aparte, junto á la puerta de la habitacion de D. Jaime.*) Ya está enfadado sin motivo... con que cuando sepa... Dios me libre!

ESCENA V.

MATILDE, *haciendo labor.* D. JAIME.

JAI. Calla! La bata que he comprado!... Está ya hecha!... Y qué le ha parecido á la señora?
MAT. Lindísima; el dibujo sobre todo. Es todavia mas bonita que la del año pasado.
JAI. Todos los años veo las telas mejores que se reciben de primavera...
MAT. Sí, y de invierno; y los mejores sombreros, y los adornos de mejor gusto... Pocas mujeres habrá tan dichosas como la señorita.
JAI. Y qué! No lo merece? Por lo mismo que no es aficionada á componerse...
MAT. Verdad es que le gusta poco.
JAI. Y hace bien, porque no lo necesita.
MAT. Ya lo creo: con una flor ó un lazo le basta para estar bonita... Como lo es naturalmente...
JAI. Cada vez me parece mas seductora... Pero ese bárbaro... Y mis guantes, Silvestre!

ESCENA VI.

SILVESTRE. JAIME. MATILDE.

SILV. Señor!
JAI. Los guantes!
SILV. Qué guantes?
JAI. Ahora salimos con eso! Los que he pedido.
SILV. En la chimenea de su cuarto los he dejado.—Creí que iria usted por ellos.
JAI. Pues me gusta!
SILV. Como siempre los pongo allí... No he de traerlos al comedor... (*Vuelve á la misma habitacion.*).
JAI. Cuidado si es animal!

SILV. (*Entrando de nuevo y dándoselos.*) Aquí están, señor.
JAI. Mira; vendrá mi primo el señor Villarragut.
SILV. (*Aparte.*) El primo del reloj! No lo dije!...
JAI. Le dirás que he salido...
SILV. (*Interrumpiéndole.*) Con que no sale usted...
JAI. Pues no estoy diciendo que sí?
SILV. Como le veo á usted aquí, y me dice, le dirás que he salido...
JAI. Hombre, calla, y no me interrumpas... Le dirás que he salido antes de lo que pensaba, para ir á ver á mi abogado, pero que á las cinco estaré de vuelta.—Lo has comprendido? A ver qué es lo que te he dicho.
SILV. Que el señor ha pensado salir antes de volver para ir á ver á su abogado, que estará aquí á las cinco.
JAI. Bruto! El abogado, no; yo estaré aquí á las cinco...
SILV. Ah! Bueno, bueno!
JAI. Este mozo me divertiria mucho, si fuese criado de otro. (*Se va por el fondo.*)

ESCENA VII.

MATILDE. SILVESTRE.

SILV. Qué le parece á usted, si me tiene tirria! Todo lo que le digo lo entiende al revés.
MAT. Hombre, vete á buscar al relojero!
SILV. Pero cómo he de ir? Ya ha oido usted que va á venir el primo, y ya sabe usted que lo primero que hace en cuanto entra, zas! es ir á ver su maldito reloj, su maravilla como él lo llama.
MAT. Pues dile que no entre.
SILV. Eso es! No hay mas que decir «no entre usted» á un hombre que tutea al amo! Hará lo que suele: «muchacho, tráeme cigarros!» y se arrellana en un sillon, y se está ahí las horas muertas!... Es imposible, imposible... Pero, deje usted, que se me ocurre ahora una cosa... No hay mas... lo mejor es esto... Voy á revolver toda la sala, á poner los muebles en medio, á hacer una barricada de plumeros y escobas en la puerta... A ver si de este modo... Pero despues que acabe la operacion... Ah! señorita Matilde: si usted quisiera....
MAT. No tengo tiempo de querer!

SILV. Si usted quisiera ir á buscar al relojero...
MAT. ¿No conoces que es imposible?
SILV. Ande usted... Yo haré por usted otra cosa... Le daré á usted todo cuanto tengo; tendrá usted en mí un hombre, que será capáz de... de cargar con usted, y...
MAT. Vamos; se ha vuelto loco.
SILV. Le daré á usted un abrazo!
MAT. *(Levantándose.)* Vaya un obsequio!... Habrá cernícalo!... Déjame en paz!
PORT. *(Desde afuera y por el fondo.)* No hay aquí nadie?
SILV. Ah! el portero! Ya soy feliz!... Ya no le necesito á usted... Le daré una propineja, y aunque no es muy amigo mio, él me hará este favor. *(Dirígese hácia el fondo para recibir al portero, y Matilde vuelve á su labor.)*

ESCENA VIII.

EL PORTERO. MATILDE. SILVESTRE.

PORT. Esta carta, que es urgente, para el señor de Cardona.
SILV. La ha traido el cartero?
PORT. No; el cartero ha traido estas otras, y estos periódicos.
SILV. *(Poniendo los papeles en la chimenea, aparte, y pasando á la derecha.)* Andemos con cuidado, que este hombre es muy listo.—¿Está usted muy cansado, señor Ambrosio?
PORT. Y tanto!... Por qué lo decia usted?
SILV. Por nada... Se ofrecia un recadillo; pero si está usted cansado...
PORT. *(Adelantándose.)* Corre priesa?
SILV. No, no señor: es el zángano del relojero que no ha venido, y...
PORT. Ya, vamos; ha roto usted algun reloj...
SILV. Yo romper? Nada de eso... Yo nunca rompo nada... No sé cómo me las compongo, pero lo cierto es que no he roto en mi vida un plato.
PORT. Sí, como usted es tan listo...
SILV. No, no es por eso, sino que...
PORT. En fin, ¿qué quiere usted para el relojero?
SILV. *(Recapacitando.)* Le diré á usted... Se trata de una

sorpresa... Tengo que hacer un regalo de boda á un amigo... que acaba de quedarse viudo... *(Aparte.)* Señor, qué disparates estoy diciendo!... (*En voz alta.*) Queria regalarle un reloj de plata...

PORT. Es claro; no ha de ir á darle usted uno de oro.

SILV. Por qué no? Si le hallase de oro por el mismo precio, no repararia en ello.

PORT. Pero como eso no es fácil...

SILV. O sí: figúrese usted que fuese uno tan viejo, que apenas tuviese oro.

PORT. En fin tan llano va usted poniendo el negocio...

SILV. Por eso queria ver al relojero.

PORT. Ya, ya lo comprendo.

SILV. Si usted fuera á avisar á ese que hay en la calle del Príncipe, que es el nuestro... me haria usted un gran favor; se lo agradeceria á usted toda mi vida... y además le daria á usted un par de reales.

PORT. Ahí es nada... Un par de reales!

SILV. En fin, aunque sean tres.

PORT. No, no tanto: no he de tratarle á usted como si fuese un señor. Con dos reales me contento.

SILV. Corriente. (*Aparte.*) No quiero decirle mas, no sea que sospeche... Yo he oido decir que el dar mucho es siempre sospechoso, y que el que está inocente, no tiene que dar nada. *(Vase el Portero, siguiéndole Silvestre.)* Con que el de la calle del Príncipe, estamos?... Antes de llegar al café de las Cuatro Calles!

ESCENA IX.

MATILDE. SILVESTRE.

SILV. Uf! Uf!... Esto de tener que disimular... Con todo, no pierdo las esperanzas... Este relojero puede ser que sea mi salvacion. Ay, señorita Matilde! Si me dijera que el reloj no se ha roto mas que un poquito!

MAT. Sí, y que el golpe le ha venido bien. (*Abrese la puerta del cuarto de Rosalia.*)

SILV. Ya está aquí la señora!... Que siempre han de estar encima los amos!... Voy á volver la sala patas arriba! (*Vase adonde dice.*)

ESCENA X.

ROSALIA. MATILDE.

ROS. *(Con una caja de dulces y un pomito en la mano.)* Y el señorito, ¿se ha ido?

MAT. No ha entrado á despedirse de usted?

ROS. Sí; pero se me habia olvidado decirle una cosa...

MAT. Ha ido en casa del abogado: si es un recado urgente, Silvestre puede ir á buscarle.

ROS. No: para qué? *(Aparte.)* No era nada. Iba á darle unos bombones! y este pomito para que aspirase una esencia que le confortara... Debe tener la cabeza tan débil con tanta batahola de negocios... Pobre Fernando! *(En voz alta.)* Ah! mi bata! Calla! Y está ya concluida! Es decir que podré estrenarla esta noche...

MAT. Si pudiese yo salir por las cintas que faltan... Pero si salgo, no tendré tiempo de acabarla, y si no salgo, nos quedamos sin cintas.

ROS. ¿Cuánto se necesitará para el peto y las mangas?

MAT. Lo mejor será tomar una pieza, y si sobra algo...

ROS. Pues bien; yo iré por ella.

MAT. Mejor será; y usted elegirá la que mas le guste.

ROS. Deme usted una muestra.

MAT. Es que este color de lila engaña mucho. Es menester mirarlo bien al traslúz...

ROS. Ya lo sé. Venga. Voy en un instante, pues una vez que solo falta esto...

MAT. Así se concluirá, y daremos un alegron al señorito.

ROS. Yo hubiera preferido una bata azul.

MAT. Pues si el señorito lo supiera...

ROS. Ah! no; no hay que decirle nada: seria capáz de comprar otra.

MAT. Dichosa usted, señorita!

ROS. Con un marido tan complaciente, verdad? *(Aparte.)* Oh! soy la mujer mas feliz del mundo! Vaya! mi sombrero! Prontito!... Y si no, yo iré por él, para que no pierda usted tiempo. *(Se dirige á su habitacion.)*

MAT. Qué matrimonio tan envidiable! Qué! si da miedo de verlos tan unidos al cabo de cuatro años! Qué poco se usa ya de esto! *(Suena una campanilla por el fondo.)*

ESCENA XI.

EL RELOJERO. SILVESTRE. MATILDE.

SILV. *(Saliendo azorado de la sala.)* El es! Me lo da el corazon! *(Va á abrir la puerta por el fondo: Matilde se pone á escuchar en la puerta de la habitacion de Rosalia.)* *(Al relojero.)* Ah! Muchas gracias! Sea usted bien venido! No sabe usted la pena de que me libra.

REL. Es aquí donde quieren ver unos relojes? *(Deja el sombrero en la silla donde estaba haciendo labor Matilde, y saca una caja del bolsillo.)*

SILV. No, señor.

REL. Pues he entendido mal...

SILV. No, señor, no. Silencio! *(A Matilde que le hace señas.)* Quién? La señora?

MAT. Sí.

REL. Luego es cosa...

SILV. La cosa está allá dentro. Venga usted conmigo, y no diga palabra. Matilde, rece usted por mí un Padre nuestro á Santa Rita.

MAT. *(Yendo detras de ellos.)* Voy á oir su sentencia.—Ah! la señora! *(Se dirige hácia la ventana.)*

ESCENA XII.

ROSALIA, *en traje de calle;* MATILDE.

ROS. Esta muestra es muy pequeña.

MAT. Aquí habrá otro pedazo mas grande. *(Coje el canastillo, lo pone sobre la mesa de en medio, y busca otra muestra.)*

ROS. El señorito no volverá hasta las cinco. Tendremos tiempo de probarlo?

SILV. *(Desde la sala.)* Ay!

ROS. Qué es eso?

MAT. *(Aparte, escuchando.)* Ha hecho una exclamacion.

ROS. Ha sonado como un quejido.

MAT. No es nada, señora; es Silvestre, que canta.

ROS. Vaya un modo de cantar!

MAT. Como él es así!...

Ros. No encuentra usted ningun pedazo? No tengamos la de de Silvestre, que lo pierde todo.

Mat. (*Buscando.*) Ayer le pidió el señorito la llave de su armario, y le contestó muy formal: se me ha perdido, pero yo no tengo la culpa, porque no sé donde la he puesto.—Ya hay aquí un pedazo.

Ros. Gracias á Dios! Veamos... Sí; este es bueno. (*Sale por el fondo.*)

ESCENA XIII.

Matilde. Silvestre.

Mat. (*Abriendo la puerta de la sala.*) Cuidado! Que la señorita te ha oido gritar. (*Se dirige á la mesa de labor, quedándose de pié junto á ella y poniendo en la de enmedio el sombrero que estaba sobre la silla.*)

Silv. (*Solo.*) La señora!

Mat. Ha salido de casa.—Y qué? Tiene compostura?

Silv. Sí; soy feliz! No se ha roto mas que el resorte principal, las campanas, la espiral y el cilindro. Dice el maestro que no es nada, que en cuatro dias estará corriente. Cuatro dias!... Justos!... Como hasta el domingo no ha de necesitarse la sala!... De modo que soy feliz! Venga un abrazo!

Mat. (*Que ha terminado su labor, y se echa la bata sobre el brazo.*) No: bastante me has abrazado ya cuando te creias desgraciado.

Silv. Pero entonces no supe lo que me hacia, y ahora... (*Va á abrazarla, y huye ella.*)

Mat. Pues yo sí sé lo que me hago, y por lo mismo, me voy.

Silv. Picarona! Adónde?

Mat. A buscar una blonda que me hace falta. (*Sale por el fondo, llevándose la bata).*

ESCENA XIV.

Silvestre. *Despues* El Relojero.

Silv. Y yo voy á buscar un cochecillo, donde meter el reloj... El carro de Venus tirado por un relojero!... Es cosa

de morirse de risa!... Vaya una ocurrencia!... *(Suena la campanilla.)* Otra vez! Quién será?... Ah! El primo; de seguro!... Y ¿qué hemos de hacer ahora?... Si llega á verlo... *(Entra el relojero, que sale de la sala, cargado con el reloj, envuelto en un paño. Vuelve á sonar la campanilla.)* No; pues él no llama así... Ese no es su modo de llamar!...

REL. Abrame usted la puerta.

SILV. Yo? No puedo.

REL. Pues tenga usted. *(Por el reloj.)* Abriré yo.

SILV. Primero me ha de abrir usted la cabeza!

JAI. *(Desde afuera.)* Silvestre! Silvestre! Abre pronto!

SILV. Dios del cielo!... Pues si es el amo!... Y decia que no iba á volver hasta las cinco!... ¿Dónde meto yo ahora á este hombre?... Si tropieza con él, ya puedo encomendarme á Dios... Ah! Caballero! Maestro!... Entre usted en esta habitacion; eche el cerrojo por dentro, y no responda á nadie mas que á mí.

REL. Ah! En la habitacion de la Señora!

SILV. Vaya; no quiere comprometerse... Pues no es poco delicado para relojero! *(Le mete á empellones en la habitacion de Rosalia.)* El cerrojo! el cerrojo!... *(Se oye el ruido de un cerrojo.)* Asi!

JAI. *(Desde afuera.)* Silvestre!

SILV. *(Gritando.)* Ya voy, señor, ya voy... Y ¿qué le diré ahora?... No hay mas remedio... Que estaba allá dentro, en mi cuarto, vistiéndome. *(Se quita la corbata, la chaqueta, el chaleco, y hace demostracion de seguir desnudándose, pero se detiene.)* No; basta con esto... pareceria mal, y no sabria por qué le he hecho esperar... Asi es mejor... En este traje ya puedo... Ahora me sosegaré un poco... Ya voy, señor! *(Da una vuelta alrededor de la mesa; y entra D. Jaime.)*

ESCENA XV.

D. JAIME. SILVESTRE.

JAI. *(Enfurecido.)* Animal! Mostrenco! Hemos de abrir la puerta los demas?... Qué estabas haciendo?

SILV. Estaba en mi cuarto, vistiéndome... Ha llegado usted cuando me hallaba en lo mejor de la operacion... Perdone usted si le he hecho esperar... Aquí tiene usted los

periódicos y las cartas. (*D. Jaime se pone á leer estas. Silvestre, aparte, mirando á la puerta por donde salió el relojero.*) Con tal que no empiece á toser... Si por casualidad está resfriado, la hemos hecho buena. (*Escucha y mira.*) Oigo una cosa... (*Se oye dar un reloj.*) Calla! Está arreglando el otro reloj pequeño... Hagamos ruido para que este no lo oiga... (*Arrastra una silla, como para ponerla bien.*) Cuidado con los relojeros!... Que no han de poder ver un reloj, sin empezar al momento á urgarle... (*Viendo el sombrero del relojero.*) Pero, Dios mio! Su sombrero!... Se le ha olvidado!... Esta es mas negra!

JAI. (*Que ha leido ya varias cartas, se inmuta al abrir una.*) Qué veo? Un anónimo!... La letra es fingida!... Y está en verso! (*Leyendo.*)

Aviso á un marido.

—

No tan tranquilo vivas,
pobre palomo:
mira que á tu paloma
la arrulla un pollo;
y mira que ella
abre el pico al picarle,
mas no le cierra.

(*Mientras D. Jaime lee estos versos, Silvestre vuelve á vestirse y trata de llevarse el sombrero; pero sucede lo que se dirá despues.*) Qué versos tan groseros, y qué intencion tan depravada!... Absurdo semejante!... Pero de quién será esto?

SILV. (*Poniéndose delante de la mesa y ocultando el sombrero.*) Señorito, puede usted pasar á su gabinete: ya está aviado... No hay mas que dar un limpion, pero lo dejaré para mañana.

JAI. Está bien. (*Da su sombrero á Silvestre, al pasar por delante de él. Silvestre, que se encuentra con dos, hace mil contorsiones para ocultar el relojero.*)

SILV. Pues va á quedarse aquí!

JAI. (*Aparte.*) Mi mujer!... Rosalia!... Quién puede quererla mal? Quién ha de atreverse á calumniarla, siendo tan buena, tan candorosa?... Qué mundo tan perverso!... Ah!

estoy deseando verla y abrazarla! (*Va á abrir la puerta de la habitacion de Rosalia.*)

SILV. (*Aparte.*) Qué va á hacer?... Jesucristo! (*Se aturde, y deja los dos sombreros sobre la mesa, queriendo apartar de la puerta á D. Jaime.*)

JAI. Rosalia!... No me oye... Está cerrado por dentro... Sabes si está vistiéndose la señorita?

SILV. Sí, señor: está poniéndose una porcion de vestidos.

JAI. Oigo andar... pero parecen pasos de hombre.

SILV. (*Aparte.*) Estúpido! Pues no le ha dado ahora la ocurrencia de ponerse á andar!... (*En voz alta.*) Cá! No, señor. Será la señorita Matilde, que va á salir, y se habrá puesto sus botas, sus *brodequines*.

JAI. Rosalia! Matilde!... No responden! (*Fijando la atencion en el sombrero.*) De quién es ese sombrero?

SILV. (*Con indiferencia.*) Yo no sé, señorito: ahí está, pero yo no le he visto entrar.

JAI. (*Aparte.*) Yo lo averiguaré... Mas procedamos con calma... Ella vendrá... Estará vistiéndose... Rosalia!

SILV. (*Aparte.*) Ya sé qué hacer... (*A D. Jaime.*) Si usted quiere llamaré por la puerta del corredor... (*Sale corriendo por el foro.*)

JAI. (*Distraido.*) Sí... pero ese sombrero es de alguien... Alguien hay en mi casa! (*Viéndose solo, se pone á mirar por el agujero de la llave.*) Se ve... no me equivoco, se ve un hombre... Está junto á la chimenea... No le conozco... Ya no se le vé... No; pues si cree poder escaparse... (*Se dirige corriendo hácia el foro. Suena un cerrojo á la derecha.*) He llegado tarde!

SILV. (*Abriendo la puerta y saliendo.*) Cómo habian de responder, si no habia nadie!... La señorita ha salido... Era la señorita Matilde, que se habia olvidado de descorrer el cerrojo.

JAI. Ahora lo veré. (*Entra precipitadamente en la habitacion.*)

SILV. (*Solo.*) Se largó!... Ya se ha llevado el reloj, y mi sombrero tambien, que se le queda bailando en la cabeza... pero me ha dicho que le llevará quitado. Este pobre señor no ha guipado nada... gracias á que soy yo muy listo.— Qué grande invencion fué la de las escaleras escusadas!... Verdad es que atisbó el sombrero; pero un sombrero no significa nada... (*Se lleva el sombrero á la sala.*

ESCENA XVI.

D. Jaime. *Solo, entrando por el foro.*

Pues no hay nadie!... Se ha marchado... y ella tambien, sin duda temerosa... No. Rosalia en enredos semejantes? Imposible! Pero esta idea me atormenta tanto, que aunque no creo en ella, estoy como si fuese cierta. Ello es indudable que yo he visto un hombre... pero como de estas cosas se ven, que averiguadas luego, nada tienen de particular.—Pero, señor, y esta carta?... Esta maldita carta tiene la culpa de todo... Y despues el sombrero... y ademas, el haberme dicho ella esta mañana que no saldria de casa en todo el dia... por qué ha salido?... Tardar tanto en abrir la puerta... es claro: estarian buscando un medio... Pero ese estúpido estaba de acuerdo con ellos; y le dirian que no me abriera... He de averiguarlo todo, todo... Silvestre!

ESCENA XVII.

Silvestre. D. Jaime. *Despues* Villaragut.

Silv. (*Saliendo de la sala.*) Me llama usted?...
Jai. Dí, quién ha venido mientras yo he estado fuera?
Silv. Nadie.
Jai. Pues hace poco habia aquí alguien. He visto ahí un sombrero.
Silv. (*Acercándose á la mesa.*) Este, señorito.
Jai. Ese es el mio.
Silv. Ya lo veo.
Jai. Y el otro?
Silv. No está ya.
Jai. Adónde ha ido á parar?
Silv. Yo le diré á usted la verdad, señorito... Ese sombrero no sé quién lo ha traido: lo cierto es que no sé como estaba aquí.
Jai. (*Aparte.*) Yo te haré hablar, y caerás en el garlito.
Silv. La verdad es, señor, que estoy asombrado... Habia oido decir que hay sombreros que andan solos: yo no queria creerlo; pero ya voy viendo...

JAI. Está mi primo en casa? (*Suena la campanilla.*)

SILV. No señor... digo, sí señor, que este debe de ser. (*Va á abrir.*)

JAI. (*Aparte.*) Este zopenco está muy aturdido. No he podido conseguir que me mire de frente... Pero disimulemos. Mi primo tendria una satisfaccion en saber....

VILL. (*Entrando con Silvestre.*) Buenos dias, Jaime. Tú siempre tan contento y tan enamorado, eh?

JAI. Siempre.

VILL. Hombre qué modo de decir *siempre*! Parece que te burlas de tí mismo.

JAI. De tí es de quien me burlo, que no crees en la felicidad.

VILL. Corriente. Pues vengo á almorzar contigo.

JAI. Hoy que yo no pensaba almorzar!

VILL. Qué! Estás malo? Estás desganado?

JAI. Sí; siento así...

VILL. (*Aparte.*) Qué tendrá?

JAI. Silvestre!

SILV. Señorito...

JAI. Sirve el almuerzo. (*Sale Silvestre por el foro.*) He salido muy temprano con motivo del dichoso pleito, y ni me acordaba de almorzar.

VILL. Y en qué estado llevas el negocio?

JAI. Se ha suspendido la vista... Pero ¿por qué me miras tanto?

VILL. Hombre, porque te veo así... como el que ha perdido algo.

JAI. Es que tengo un dolor de cabeza... Jaqueca sin duda... pero puede ser que almorzando se me alivie.

VILL. Y tu incomparable paloma, no nos acompaña?

JAI. Si ha salido. (*Vuelve Silvestre con el almuerzo en una bandeja.*)

VILL. Y volverá á las tantas, ¿no es cierto?... Vendrá á las cinco de la tarde, con un pañuelito de seda en un papel ó con una cintita que habrá tardado seis horas en hallar... Lo mismo me sucede á mí. He ido á casa y ya habia salido mi mujer. (*Ap.*) Tiene celos. Voy á divertirme.

ESCENA XVIII.

JAIME. VILLARRAGUT. SILVESTRE.

SILV. (*Sirviendo el almuerzo y ap.*) Tener que poner y quitar tanto cachivache!... No sé lo que me hago. (*Coloca en la chimenea una lámpara que iba á poner sobre la mesa.*)

VILL. (*A D. Jaime.*) ¿Qué apostamos á que Rosalía ha ido á comprar unas cintitas?

JAI. Y, qué importa?

VILL. Nada importa; pero ¿á que es verdad? Apuesto... el reloj que tienes en la sala...

SILV. Qué! Qué dice de roloj? (*Se aturde y echa las almendras tostadas en el azucarero y los terrones de azúcar en el plato de las almendras.*)

VILL. El de la Venus!... Por cierto que ayer ví uno parecido en casa del conde de Selva-Amena, pero no era tan bueno. (*Silvestre se dirige á la puerta de la sala.*)

SILV. (*Ap. y muy alterado.*) No lo decia yo... Pues primero ha de pasar por encima de mí! (*Se pone á barrer muy deprisa la puerta de la sala para impedirle que entre.*)

VILL. (*Mirando á lo interior de la sala desde la puerta.*) Dónde está el reloj?

SILV. (*En la puerta.*) Allí. He tenido que limpiar la chimenea, y lo he puesto en el sofá... sino que con los almohadones no se ve... pero yo bien lo veo; porque como sé donde está... (*Con el mango ó palo de la escoba da en el sombrero á Villarragut, que va á entrar en la sala.*)

VILL. Qué hora de limpiar es esta?... Pues no hay poco trasto en medio!

SILV. (*Incomodado.*) Si es imposible entrar... Y luego que se enfria el almuerzo, y que está esperando el señorito. (*Coje el plumero y se pone á limpiar los platos que ya ha servido. Ap.*) Señor, qué es lo que estoy haciendo?

VILL. (*Sin el sombrero.*) Es verdad: acabemos de almorzar. (*Siéntase á la izquierda de la mesa.*)

JAI. (*Ap., sentándose á la derecha.*) En ella no puedo creerlo. (*Echa en su taza las almendras del azucarero.*)

VILL. Qué haces, hombre?... Vas á endulzar el té con almendras tostadas? Si á lo menos fuesen bañadas!

JAI. Este imbécil es el que las ha puesto aquí.

VILL. Y es verdad! *(Dando carcajadas.)* Pero en cambio el plato está lleno de azúcar!

JAI. Silvestre, cuidado con que suceda otra vez!

SILV. Perdone usted, señorito. *(Se aparta á un lado.)* Estaba distraido, y... me distraje.

VILL. *(A D. Jaime.)* Quieres darme agua? *(D. Jaime, que está con la tetera en la mano, empieza á echar té en el vaso de Villarragut.)* Caramba! que me has abrasado! Con que en vez de agua...

JAI. Si creí que me pedias té...

VILL. En fin, lo tomaré. *(Coje una taza, y Silvestre le echa en ella vino.)* Pero hombre!... Pues no me echa vino en la taza! *(Ap.)* Aquí ha sucedido algo. Los dos estan tontos! *(A Silvestre.)* Mira, vete!

SILV. *(Ap., á la derecha.)* Eso es lo que yo queria. *(A Villarragut.)* Pero sí...

VILL. Vete, y será lo mejor. *(Váse Silvestre.)*

ESCENA XIX.

JAIME. VILLARRAGUT.

VILL. Ah! primo mio! Tú me engañas; tú tienes algo, y me lo ocultas... Dime qué ha ocurrido, y te consolaré. Estás celoso?

JAI. Yo celoso?... De quién?

VILL. Vamos, la verdad... A que no te hace mucha gracia el americanito?

JAI. Quién? De quién hablas?

VILL. De aquel mocito del charaban que está enamorado de tu mujer y va siempre detrás de ella.

JAI. Cómo!... Hay quien se atreva?... En fin, fácil es remediarlo... Rosalía no es de esas coquetas...

VILL. Ah, tonto! No son las coquetas las que mas peligran; porque como en ellas todo es fingido...

JAI. Rosalía no finge conmigo. Me ha amado, y me ama todavía.

VILL. Cierto; y hablando con franqueza, es cosa que me admira mucho.

JAI. Por qué?

VILL. Porque eres su marido.

JAI. Pues no la amo yo tambien apesar de ser mi mujer?

VILL. Eso es diferente; aunque una mujer esté casada, no deja de ser mujer; pero el hombre que se casa, deja de ser hombre, y se convierte en marido, que es como quien dice, en ganso.

JAI. Qué tonterías!

VILL. A tí te lo parecerán, pero son la pura verdad. Cuanto mas agraciada y pulcra y elegante es una mujer, tanto mas feo y ridículo es el marido.

JAI. Lo serás tú.

VILL. (*Riéndose.*) Ves como al fin convienes conmigo?..

JAI. Has de saber que no he sido nunca marido para ella, nunca, sino amante, y amante apasionado.—Jamás me ha visto de mal humor, ni enfermo, ni desaliñado... ni marido, en fin. Y por lo mismo que en cuatro años no he sido nunca, ni un solo dia, marido para ella, por lo mismo me creo con derecho á no ser tratado por ella como marido... entiendes?

VILL. Ya, ya entiendo... (*Levantándose.*) Y me alegro mucho de que digas eso.

JAI. Por qué?

VILL. Porque, la verdad, tenia yo ciertos remordimientos de haber sido un poco descuidado y grosero con mi mujer; pero ahora que veo que lo mismo le sucede al que es fino y amartelado, me tranquilizo y me consuelo.

JAI. Allá te las avengas si no te importa que tu mujer te engañe; pero no pretendas que imitemos los demas tu filosofía.

VILL. Bah!... Los primeros momentos son crueles, eso sí; pero despues se acostumbra uno, y la situacion de *comprimario*, digámoslo así, en que á uno lo colocan, no deja de tener ventajas. Por de pronto, no puedes figurarte qué amables, qué previsoras se vuelven las mujeres apenas conocen su debilidad, y con qué afan tratan de desagraviar á su marido. Cómo le estudian á uno el gusto, las manías y hasta los caprichos! Qué en la memoria tienen los platos que mas agradan al señorito! Tú no has observado esto? Pues ya verás... Así que empieza á flaquear su amor, comienzan á mejorar las comidas y el servicio de la mesa... porque, regla general: solo se come bien en casa de los maridos... desagraviados.

JAI. (*Irritado.*) Hombre, quieres callar?

VILL. Yo sé decirte que en la cocina de mi casa, de un año

acá, se estan haciendo primores... Y, qué órden hay en todo, qué esmero, qué pulcritud! Ni un trasto en medio, ni una leve sombra de polvo. *(Mirando á una silla.)* Cómo habia de verse allí, por ejemplo, descosido el forro de una silla, como lo está el de esta!... Pues mira, me prueba que tu mujer es todavía inocente, porque de lo contrario, ya hubiera mandado coserlo. Mientras siga roto, confia, querido Jaime, confia en que el americanito no ha adelantado nada.

JAI. *(Enfurecido.)* Otra vez!... Pero, quién es ese mequetrefe á quien no conozco?

VILL. Pues él bien te conoce á tí; porque anoche, apenas entraste en el palco, desapareció del suyo.

JAI. Ah!... Era aquel rubio que estaba en el Circo enfrente de nosotros?...

VILL. Ves cómo le conoces?... Aquel era.

JAI. Hombre, estás apurándome la paciencia...

VILL. Qué quieres?... A esto llamas ser filósofo...

JAI. *(Fuera de sí.)* No es ser filósofo, sino verdugo!

VILL. Calla!... Y lo tomas por lo sério?... Bien: tranquilízate; ya me marcho... *(Ap.)* Yo he de averiguar si el tal americano... Este pobre Jaime...

JAI. *(Ap.)* Sí; estaba enfrente de nosotros...

VILL. Dónde he dejado mi sombrero? *(Entra en la sala.)*

JAI. *(Solo.)* Y Rosalía no vuelve?... Dónde estará?... El tal americano... Pero he de quitarle de enmedio; y si supiera su nombre...

VILL. *(Volviendo.)* Con que adios, Jaime. No estás incomodado, verdad? Calla! Qué sombrero es este? *(Quédale bailando el sombrero en la cabeza.)*

JAI. *(Ap.)* El sombrero que... alguien hay escondido en la sala!

VILL. *(Llamando.)* Silvestre! Mi sombrero!

ESCENA XX.

SILVESTRE. D. JAIME. VILLARRAGUT.

SILV. *(Saliendo por el foro.)* Manda usted? *(Detiene á Villarragut que va á entrar en la sala. D. Jaime los observa.)*

VILL. *(Desde el fondo mirando.)* Veo que este sombrero trae inquieto á Jaime.

SILV. (*Vuelve y da á Villarragut su sombrero.*) Aquí lo tiene usted.

VILL. El americano... Yo sabré quién es. (*Vase.*)

ESCENA XXI.

D. JAIME. SILVESTRE.

(*D. Jaime entra furioso en la sala.*)

SILV. (*Cogiendo el sombrero, metiéndolo en el aparador de la derecha y siguiendo con la vista á D. Jaime.*) Maldito sombrero!... Y está registrándolo todo!... Ahora se acerca á la chimenea... Ya ha echado de menos el relój... Cómo le busca!... Pobre de mí!...

JAI. (*Volviendo.*) Nada... no hay nada!... Pero, dónde está? dónde está?

SILV. No puedo mas... Va á conocer que no puedo mas.

JAI. (*Cogiéndole por el cuello y llevándole al proscenio.*) Desdichado!... Tú lo sabes... Dónde está?

SILV. Por Dios! Compadézcase usted de mí!

JAI. Compadecerme yo, miserable!... Crees que perdonaré nunca... Teme mi castigo... Pero antes has de decirme dónde está...

SILV. Si usted no quiere perdonarme... Por vida de... Haber tomado tantas precauciones, y descubrirse todo!

JAI. Con que por fin lo confiesas... (*Sin soltarle.*)

SILV. Qué remedio tengo!... Ya lo sabe usted...

JAI. Pues dímelo todo, todo... Dónde está?

SILV. Está... Dios mio!... En la calle del Príncipe.

JAI. (*Fuera de sí y zarandeándole.*) Pero, dónde?

SILV. (*Poniéndose de rodillas.*) En su casa!

JAI. Qué estás diciendo? Cómo te atreves...?

SILV. Ah! No, señor, no me atrevo...

JAI. (*Sentándose con el mayor abatimiento.*) En su casa!

SILV. Sí, señor, hace ya una hora; á poco de venir usted; pero me dijo que no tardaria mas que tres dias.

JAI. (*Sin oirle.*) En su casa!

SILV. Asi me lo ha prometido: nada mas que tres dias... Quiere usted que vaya á decirle que se despache?... Cá! Ni me escucha... Cuando está así es escusado hablarle. (*Se levanta.*)

JAI. (*Desesperado y hablando consigo.*) Con que es verdad,

apesar de todo!... Y yo no queria creerlo!... Y he de renunciar á mi honor, á mi vida, á mi felicidad... Qué situacion tan horrible! Yo que la amaba tanto!

SILV. Ah! la señora! (*Pone el cubierto en el plato que hay sobre la mesa.*)

JAI. (*Levantándose de pronto y pasando á la derecha.*) Ella es!

ESCENA XXII.

ROSALIA, *entrando por el foro.* D. JAIME. SILVESTRE.

ROS. (*Con un papel en la mano.*) Y Matilde?

JAI. (*Ap.*) Ahora pensará engañarme. Oh! no puedo verla, sin...

SILV. (*Haciendo señas á Rosalía.*) La doncella... está en su cuarto... Ah, señora!

ROS. Qué tiene?

SILV. Hecho una furia! No le diga usted nada. (*Váse con el plato por el foro y vuelve.*)

ROS. Por qué? (*A D. Jaime.*) Hay malas noticias del pleito?

JAI. Se ha suspendido... Cómo es que ha salido usted? No decia usted que iba á quedarse en casa?

ROS. Qué significa ese usted?

JAI. (*Disimulando.*) Es una broma! (*Ap.*) Su voz me tranquiliza á pesar mio... Habia de fingir... No: es imposible!

ROS. Asi es: no pensaba salir; pero me dijo Matilde que hacian falta unas cintas... (*Abre el papel y le enseña las cintas.*)

JAI. (*Ap.*) Pues! Lo que decia el otro... (*En voz alta fingiendo estar tranquilo.*) Muy bonitas... pero tres horas para tomar eso...

ROS. Pues no me he entretenido en nada... Son para la bata que me has regalado.

JAI. La estrenarás en seguida?

ROS. Pues por eso... (*Con cariño.*) Y, te has enfadado porque tardaba...

JAI. No, si no has tardado...

ROS. No me dices la verdad; estás enfadado conmigo; mas no importa, me despacharé, y me perdonarás al momento. (*Haciéndole una caricia.*)

JAI. (*Ap.*) Cuidado si tiene serenidad...

ROS. Pero, señor, qué es esto? Yo lo sabré por Silvestre.

(*A este, entrando en su cuarto.*) Silvestre, ven á abrir los balcones de mi cuarto. (*Vá Silvestre á seguirla, pero le detiene D. Jaime, haciéndole dar una vuelta hácia la izquierda.*)

ESCENA XXIII.

D. Jaime. Silvestre.

Jai. Quieto aquí !.. Yo lo mando ! (*Ap.*) Le hablaba al oido! —Ya esto es vergonzoso... Haber hecho confidente suyo á semejante idiota !.. Rebajarse hasta este punto !.. Oh! basta para que le aborrezca.

Silv. Pero si la señora me necesita.

Jai. Desde ahora quedas despedido: vete al momento de mi casa; ni un minuto mas quiero que estés en ella. (*Le arroja un bolsillo.*) Toma, págate y vete !

Silv. (*Con altivez.*) Yo no quiero nada ¿entiende usted? Guárdese usted su dinero por el daño que le haya hecho.

Jai. (*Cojiendo una silla.*) Insolente !

Silv. Máteme usted ! Mejor para mí; pero antes...

Jai. O tomas la puerta, ó te...

Silv. (*Poniéndose detrás de la mesa.*) No, señor, no quiero tomar la puerta hasta que usted me oiga... Usted ya no manda en mí; me ha despedido usted, y ya soy independiente... No debia usted haberme echado ; pero ya puedo disponer de mí, y voy á decirlo todo. (*Saca el sombrero del aparador.*) Este sombrero, este maldito sombrero... sepa usted que lo he guardado allí para que usted no supiese nada. Aquí le tiene usted... mírelo usted bien... Ahora voy á llevárselo á su casa, porque es suyo, sí señor; que al salir de esa habitacion le dí yo el mio.

Jai. (*Amenazándole.*) Basta!.. Es suyo!.. Pero, de quién?

Silv. Pues no se lo he dicho á usted? De él...

Jai. Quién es él? Un caballero rubio, americano...

Silv. Qué caballero, ni que lacayo? Si nos entenderemos !.. Aquí no se trata de ningun caballero...

Jai. Pues entonces...

Silv. Ni tampoco de americanos.—Rubio sí es, como buen aleman, y aleman, como lo son todos los relojeros.

Jai. Luego era un relojero...

Silv. Pues si no ¿cómo habia de componer el reloj?

Jai. Es decir que se ha descompuesto...

SILV. Calla! Con que no lo sabia usted?

JAI. (*Adivinando.*) Ya!.. Sí, sí: y tú has sido quien le ha roto?

SILV. Pues quién habia de ser?

JAI. Y ese hombre á quien tu ocultabas con tanto cuidado era el relojero?

SILV. Es claro! Y por eso se llevó el relój; y por eso le dije á usted que estaba en su casa.

JAI. (*Dándose una palmada en la frente.*) Ah, bárbaro!

SILV. (*A la derecha.*) Usted no tiene derecho para llamarme á mí bárbaro.

JAI. (*En el proscenio á la izquierda.*) Qué poco necesita para hacerse infeliz un hombre!.. Cómo he podido yo creer?.. Válgame Dios, qué insensatez la mia! Qué estúpido!..

SILV. Usted no tiene derecho para llamarme estúpido. Ya no soy criado de usted, ya no estoy en su casa, ni tenemos ninguna cuenta pendiente. Me debia usted cuatrocientos reales: quédese usted con ellos por la compostura del relój, y estamos corrientes. Ni debo, ni me deben.—Conque beso á usted la mano. (*Se pone el sombrero, y le viene tan grande que se le mete hasta los ojos.*)

JAI. (*Cojiéndole de la mano.*) No, no te vayas, pobre Silvestre.—Como si nada hubiera pasado.

SILV. Es que yo quiero irme.

JAI. Pues yo no quiero dejarte.

SILV. Y qué? Soy libre; voy á gozar de mi libertad. Usted tiene muy mal génio, y me ha consumido usted mucha sangre.

JAI. Hombre; olvídate de todo.—Mira: te doy doble salario.

SILV. (*Quitándose el sombrero y poniéndolo encima de la mesa.*) Cómo!.. por haberle roto á usted el relój?

JAI. (*Riéndose.*) Qué importa? En cambio me has dado un grandísimo gusto.

SILV. Vea usted! Y yo creia lo contrario! (*Ap.*) Que me emplumen si entiendo una palabra!.. Qué caprichos tienen estos señores!.. *Manda Tello: así anda ello.*

ESCENA XXIV.

ROSALIA. MATILDE. D. JAIME. SILVESTRE. *Despues* VILLARRAGUT.

ROS. (*Saliendo de su habitacion.*) Aqui estoy; ya ves que no he tardado. Está bien la bata?

JAI. (*Con ternura.*) Lindísima... Nunca me has parecido tan seductora.

VILL. (*Entrando por el foro.*) Jaime, sal á ver qué quiere el portero: dice que te ha dado por equivocacion una carta que era para el vecino de arriba. (*D. Jaime se dirige hácia el foro. Villarragut saluda á Rosalía.*)

JAI. (*Ap., leyendo el sobre de la carta anónima.*) D. Márcos del Asta... Que no lo haya visto antes... En efecto, arriba vive... y creo que para él será... (*En voz alta á Silvestre que se acerca.*) Dí que la he abierto por equivocacion, pero que es un papel insignificante... que es una circular.

VILL. (*En voz baja á D. Jaime.*) El americano ya no está en Madrid: puedes vivir tranquilo.

JAI. (*Regocijado y cogiendo de la mano á Rosalía.*) No estaba incomodado contigo, sino contra ese torpe de Silvestre, que ha hecho pedazos el reloj.

VILL. Le ha hecho pedazos! Habrá animal!... Si no te quitas de delante... (*Dirigiéndose á él y amenazándole con los puños.*)

SILV. Vaya, no se alborote usted... que aqui viene quien lo compondrá.

ESCENA XXV.

Dichos. El RELOJERO.

REL. (*Desde el foro.*) Perdonen ustedes, señores; he dejado aqui un sombrero...

SILV. Oyendo está la conversacion. (*Se lo alarga, tomándolo de encima de la mesa.*)

VILL. (*Ap., mirando á D. Jaime.*) Ahora lo adivino todo!

JAI. (*Al Relojero.*) Amigo, los relojeros tienen ustedes una

mala costumbre... no deje usted nunca el sombrero en las piezas interiores de las casas adonde vaya.

REL. Por qué?

JAI. Porque... porque puede equivocarse con otro... y, por fin, perderse.

VILL. (*A D. Jaime.*) Es verdad... Cuidado si es cosa horrible, que por poco no matas á un americano, porque habias visto en tu casa el sombrero de un relojero!

SIL. (*A Villarragut.*)

Qué! No señor, al contrario:
debió de pegar conmigo;
y ya ve usted qué castigo...
que me da doble salario!

(*Al público.*) Pues esta razon, canario!
me valdrá con vuesarcedes.
No soy digno de mercedes:
torpe he estado, lo confieso.
Por eso mismo, por eso...
A qué me aplauden ustedes?

FIN.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galería

EL TEATRO.

: de la vejez.

e odio y amor.
lel alma.
pues de la muerte.
cazador.
quieren las cosas.
sueño.
de los años mil...

: herencias.
: cuervos.
rival y paje.
der y pelucas.
á Madrid.
e te cases.
aje.
, *drama heróico.*
Polux.
ı y sin razon.
; y Guevara.
rompen palabras.
fas.
r con buena suerte.
parientes y amigos.
l ama á su modo.
y Capital.
ablo á cuchilladas.
res políticas.
des.
es.

cho el Bravo.
ıardo de Cabrera.
ces es la fortuna.
inos contra un tio.
Segundo y Quinto.

del Rey.
y la moda.
le cachemira.
lero Feudal.
e.
de una flor.
ngel!
ıgosto.
obos anda el juego.
ıdido y la tapada.
gas de camisa.
ca!
de las desdichas, ó Don
ógenes.

El pacto de sangre.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
Esperanza.
El Gran Duque.
El Héroe de Bailen, *Loa y Corona Poética.*
¡En crisis!!!
El Licenciado Vidriera.
Echarse en brazos de Dios.
El suplicio de Tántalo.
El Justicia de Aragon.
El Veinticuatro de Febrero.
El Caballero del milagro.
El que no cae... resbala.
El monarca y el Judío.
El bollo y la viuda.
El beso de Judas.
El rico y el pobre.
El Niño perdido.
El amor por la ventana.
El juicio público.
El corazon de un padre.

Faltas juveniles.
Flor de un dia.
Furor parlamentario.

Hacer cuenta sin la huéspeda.
Historia China.
Hija y madre.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.

Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Juana de Arco.
Judit.
Jaime el Barbudo.
Jorge el artesano.
Juana de Nápoles.

La escuela de los amigos.
La Alegría de la casa.
Los Amantes de Teruel.
Los Amantes de Chinchon.
Los Amores de la niña.
Las Apariencias.
La Banda de la Condesa.
La Baltasara.
La Creacion y el Diluvio.
La Esposa de Sancho el Bravo.

Las Flores de Don Juan.
La Gloria del arte.
Las Guerras civiles.
La Gitanilla de Madrid.
La escala del poder.
La Hiel en copa de oro.
Los empeños de un acaso.
Las tres manias, ó cada loco con su tema.
La Herencia de un poeta.
Lecciones de Amor.
Lorenzo me llamo y Carbonero Toledo.
Lo mejor de los dados...
Llueven hijos.
Los dos sargentos españoles, ó la linda vivandera.
La Madre de San Fernando.
La verdad en el Espejo.
La boda de Quevedo.
La Rica-hembra.
Las dos Reinas.
La Providencia.
Las Prohibiciones.
La campana vengadora.
La libertad de Florencia.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La voz de las Provincias.
La archiduquesita.
La Crisis.
Los extremos.
La hija del rey René.
La bondad sin la experiencia
Locura de amor.
La escuela de los perdidos.
La córte del Rey poeta.
La resurreccion de un hombre

Mal de ojo.
Mi mamá.
Misterios de Palacio.
Martin Zurbano.
Mariana Labarlú.

Nobleza contra Nobleza.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende.
No hay amigo para amigo.
No es la Reina!!!

Oráculos de Talia.

Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Pescar á rio revuelto.
Por la puerta del jardin.
Piensa mal... y errarás.

Rival y amigo.

San Isidro (*Patron de Madrid*)
Su imágen
Simpatía y antipatia
Sueños de amor y ambicion.

Tales padres, tales hijos.
Trabajar por cuenta ajena.

Traidor, inconfeso y mártir.

Un Amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Una conversion en 3 minutos.
Un dómine como hay pocos.
Una llave y un sombrero.
Una leccion de córte.
Una muger misteriosa.
Una mentira inocente.
Una noche en blanco.
Un paje y un Caballero.
Una falta.
Ultima noche de Camoens.
Una historia del dia.
Un pollito en calzas prietas.

Un si y un no.
Un huésped del otro m
Una broma de Quevedo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabé
Una lágrima y un beso.
Una Vírgen de Murillo.
Una aventura de Tirso

Virginia.
Verdades amargas.
Vivir y morir amando.
Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandid
la Serranía de Ronda

ZARZUELAS.

El ensayo de una ópera.
Mateo y Matea.
El sueño de una noche de verano.
El Secreto de la Reina.
Escenas en Chamberí.
A última hora.
Al amanecer.
Un sombrero de paja.
La Espada de Bernardo.
El Valle de Andorra.
El Dominó Azul.
La Cotorra.
Jugar con fuego.
La cola del diablo.
Amor y misterio.
El casero y la maja.
El delirio.
Guerra á muerte.
Marina.
El estreno de un artista.
El Marqués de Caravaca.

El Grumete.
La litera del Oidor.
Gracias á Dios que está puesta la mesa.
La Estrella de Madrid (*Su música.*)
Tres para una.
La Cisterna encantada.
Carlos Croschi.
Galanteos en Venecia.
Un dia de reinado.
Pablito (Segunda parte de Don Simon)
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en Palacio.
La Dama del Rey.
Estebanillo.
La Caceria real.
El Hijo de familia, ó el lancero voluntario.
Los jardines del Buen Retiro.

El trompeta del Archidu
Moreto.
Loco de amor y en la c
Los diamentes de la Cor
Catalina.
La noche de ánimas.
Claveyina la Gitana.
La familia nerviosa, ó
gro omnibus.
Las bodas de Juanita.
Mis dos mugeres.
Cuarzo, pirita y alcohol.
Pedro y Catalina, ó el
Maestro.
Alumbra á este caballer
El Sargento Federico.
El amor y el almuerzo.

La Direccion de El Teàtro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm
cuarto segundo de la izquierda.